

La larga marcha desde la Nueva Izquierda al 'coaching'

En un texto ya clásico que acaba de traducirse al español por primera vez, el crítico e historiador estadounidense **Christopher Lasch** fue el primero en identificar el narcisismo como una patología social

por **JOSÉ GARCÍA DOMÍNGUEZ**

Se llama en realidad Anthony Lofredo, pero prefiere responder por *Black Alien*, el personaje de cómic que da sentido a su paso por la vida. Por lo demás, suele exhibirse en algunas ciudades españolas con cierta frecuencia. Así que es posible que el lector haya visto su foto en la prensa tras las 12 operaciones quirúrgicas que transformaron su cuerpo en la réplica convincente de un mutante galáctico en la órbita estética de los monstruos de la factoría Marvel.

Y es que Lofredo, o le que todavía quede de él a estas horas, se ha extirpado las orejas, media nariz, el labio superior y un par de dedos, además de lucir ambos ojos teñidos de verde fluorescente y de haberse tatuado el 100% de la piel con iconografía de inequívocas resonancias satánicas. Su último proyecto en agenda, según informa su página web, consistirá en hacerse amputar media pierna con el objeto de así mimetizarse mejor con su personal héroe de los tebeos para adultos, el mentado tullido interplanetario *Black Alien*.

En otros tiempos no tan lejanos, pongamos por caso 1979, el año en que Christopher Lasch entregó a la imprenta el original de *La cultura del narcisismo* –su célebre crítica del desorden psico-emocional en la Norteamérica de la modernidad tardía que ahora acaba de reeditar en España Capitán Swing–, Lofredo habría acabado recluido, y acaso con una camisa de fuerza, en una institución psiquiátrica especializada en casos de enajena-

ción severa. A su vez, todos esos cirujanos, los que se han prestado de grado a transformar su fisonomía en una aberración patológica, bien podría asegurarse que hubiesen ocupado varias celdas en algún penal de alta seguridad. Otra época. Otro mundo. Otro orden moral; sobre todo, otro orden moral.

Un mundo, el de ayer, aquel de los 70 en el que Lasch acertó a entrever la definitiva dimensión perturbadora de la grieta psíquica que estaba provocando la emergente eclosión del culto al yo en paralelo a la admiración desmedida por la fama y el protagonismo público, ambos percibidos como objetos de deseo en sí mismos, como propósitos desligados de mérito previo alguno para alcanzarlos; un entorno colectivo en el que, sin embargo, aún resultaban inconcebibles noticias como la de que 379 personas murieron entre enero de 2008 y julio de 2021 mientras se sacaban *selfies* en situaciones de máximo riesgo.

Entonces, cuando Lasch comenzó a redactar su ensayo premonitorio, nadie estaba en disposición todavía de jugarse la vida por cinco segundos de gloria efímera en Instagram o en TikTok; pero era sólo porque faltaban Instagram y TikTok, no porque la nueva matriz psicológica asociada al narcisismo pandémico

todavía se mantuviera ausente del paisaje conductual del Occidente desarrollado.

Lasch fue un pensador adscrito al progresismo americano clásico, el marcado por la obra de gobierno de Roosevelt y el espíritu comunitario del New Deal, alguien a quien los gurús californianos de la Nueva Izquierda considerarían ya por entero ajeno a sus particulares centros de interés, los articulados en torno a las políticas de identidad y las estrategias de victimización de toda clase de minorías; esos mismos afanes prioritarios que, más pronto que tarde, irían alejando a las capas trabajadoras de la América popular de las nuevas élites contraculturales encarnadas en esa izquierda alternativa surgida de los campus universitarios de la Costa Oeste.

Enfermedad colectiva. Y es que en *La cultura del narcisismo*, el exhaustivo diagnóstico de la afección espiritual cuyos síntomas germinales comenzaban a hacerse visibles en su tiempo –empezando por la obsesión con la apariencia física y el culto al cuerpo–, esa izquierda inclinada al constante debilitamiento de las instituciones tradicionales a partir del argumento de autoridad que apela a la autorrealización desprovista de limitaciones, a

Lasch acertó a entrever las consecuencias del culto al yo y la admiración desmedida por la fama

El autor, adscrito al progresismo americano, sería tratado hoy como un reaccionario



CHRISTOPHER LASCH
LA CULTURA DEL NARCISISMO
Traducción de Jaime Collyer.
Capitán Swing.
328 pp. 23 €



LUIS PAREJO

la voluntad soberana del yo, formaba parte destacada de la propia enfermedad colectiva objeto de estudio. Hoy, nadie lo dude, a Lasch le tendrían directamente por un reaccionario.

La celebración entusiasta y militante de los híbridos de cualquier naturaleza, la primacía inquestionable del derecho sobre el deber, la elección subjetiva elevada a regla universal de decisión, la sublimación de los derechos de propiedad ejercidos desde un fuero individual desligado de rastro alguno de dependencia o deuda de cualquier tipo con la sociedad... El nuevo ideal del individuo contemporáneo, ese sujeto definitivamente autónomo y sin raíces ni ataduras con su pasado, el mismo que reclamará la potestad legítima de hacer consigo mismo cuanto le plazca a cada instante (deformar su cuerpo en un quirófano hospitalario para emular a un personaje de los tebeos, drogarse sin

restricciones hasta la misma muerte, vender sus órganos al mejor postor que encuentre en el mercado, arrendar su útero a un tanto alzado por feto concebido, desheredar a sus hijos a fin de garantizar el bienestar futuro de sus amantes...) acababa de irrumpir por primera vez en el escenario de la Historia. Y Lasch fue el encargado de redactar su certificado oficial de nacimiento.

Repudio de la vejez. Un largo viaje de más de 400 años, el que él audita en el tramo que

La devoción cuasi religiosa por el físico es un rasgo muy propio del individuo emocionalmente inmaduro

El edadismo va adelantando cada vez más el instante de la expulsión del Edén de los neonarcisos

transcurre por Estados Unidos, que se inició en la Alemania del siglo XVI con la herejía de Lutero, germen primero del individualismo moderno, para alcanzar su última etapa en el instante presente con la dictadura de los guapos, fenómeno ubicuo que certifica la rendida devoción cuasi religiosa de los

contemporáneos por el físico y la apariencia externa; por lo efímero, epidérmico y vacío, en última instancia; tres rasgos muy propios del sujeto emocionalmente inmaduro que coloca a cuanto esté relacionado con las imágenes en el vértice superior de su particular escala de valores y jerarquías.

Y de ahí, por cierto, el repudio cada vez más extendido de la vejez, estadio de la existencia que suscita torrentes de angustia entre las legiones de neonarcisos, toda vez que el edadismo, la cultura juvenil que ellos mismos imponen, va adelantando cada vez más el instante fatal de su propia expulsión del Edén. En fin, un texto, el de Lasch, sólo apto para adultos que no se arrepientan de su condición. Abstenerse fans del *coaching* y lectores de autoayuda. **L**